

Y nuevamente se puso a gemir palabras incomprensibles, mientras se retorció las manos...

Aquella desesperación, aquel delirio hicieron sollozar a Rouletabille, que se precipitó sobre la querida cabeza, la atrajo hacia sí con sus brazos desfallecientes y se inclinó sobre aquellos labios agitados por un temblor convulsivo, sobre aquellos labios que, ahora en francés, repetían:

—Los documentos... Los documentos...

—¿Qué documentos?... ¡Habla, Ivana!...

—Han desaparecido los documentos...

—¿Cuáles?

—A nadie... No hay que decirlo a nadie...

—¡Bueno!... A nadie... Pero habla pronto...

—El cofrecillo bizantino...

—¿Qué?

Entonces, Ivana, entre espasmos, pudo articular:

—*En el cofrecillo bizantino había un cajón secreto... Y en ese cajón había guardado el general todos los planos secretos de movilización.*

—¿Qué dices?—exclamó Rouletabille.

Pero Ivana no necesitó repetirlo. Sobradamente lo había oído y comprendido Rouletabille...

—A nadie...—volvió a suspirar Ivana—. No hay que decirlo a nadie... *excepto al general Stanislawof.*

E incorporándose sobre un codo gracias a una reunión de las poquísimas fuerzas que le quedaban, dijo:

—¡Corre a ver al zar!... ¡Correl!...

El general Stanislawof, en efecto, estaba instalado en Palacio... Rouletabille se levantó.

CAPÍTULO IV

«¡DEMASIADO TARDE!»

IVANA le ordenaba que se fuera. Y él, por el gesto, comprendió que nunca le perdonaría que se quedara un momento más junto a ella.

Además, necesitaba buscar auxilio fuera. Y el Palacio real estaba cerca.

Tendió a Ivana en un sofá, examinó su herida, vió que solamente era superficial, aunque había derramado mucha sangre; concibió por ello grandes esperanzas y descendió corriendo.

Cerca de la verja del parque tuvo que saltar por encima del cadáver del primer centinela, con el cual había tropezado ya al echarse por la ventana al principio de aquel espantoso drama. Detrás de la verja estaba el cadáver de otro soldado.

Llegó a la calle, absolutamente desierta todavía.

Se dirigió a la izquierda, tomó impulso y no se detuvo hasta llegar frente a la verja del parque real. Una vez allí, habló con el centinela por gestos, ya que de otra manera no podía hacerse entender.

Acudió un suboficial.

Tan grande, tan excesiva, tan impresionante era la agitación de Rouletabille reclamando la presencia de un oficial, que el suboficial fué a despertar al que estaba de guardia, el cual acudió con los ojos abotargados de sueño.

Como el oficial hablaba francés, Rouletabille pudo espetarle al momento que era de grandísima urgencia ver al general Stanislawof.

El oficial, echándose a reir, replicó que el general dormía.

—Pues despiértelo—dijo Rouletabille.

El otro le tomó por un loco.

—¡No estoy loco! El general Vilitchkov ha sido asesinado esta noche en su propia casa.

El oficial, al oír aquella grave noticia, perdió toda su jocundidad y echó a correr hacia Palacio.

Como quiera que Rouletabille inició un movimiento para ir a la Moskouska y volver a casa de Vilitchkov, el centinela le detuvo, porque el oficial le había ordenado que no perdiera de vista al extranjero. Esperó, pues, pacientemente, pensando en Ivana, que había quedado completamente sola. Por fin, varios minutos después, vió salir de Palacio a un grupo de oficiales.

Iban aprisa alrededor de una persona, en quien Rouletabille reconoció inmediatamente al general Stanislawof.

El repórter había ya tenido ocasión de acercarse a aquel ilustre militar, que para honra de su patria rehusaría, varios meses después, asociarse al atentado de Fernando contra Bulgaria, y que más tarde, al producirse la guerra europea, rompió con la traidora Bulgaria y puso su espada al servicio del zar de todas las Rusias.

Rouletabille, pues, corrió hacia él.

—¿Es cierto que ha sido asesinado mi antiguo hermano de armas?—le gritó el general.

El repórter le dijo al oído:

—*¡Y los documentos, robados!*

La noticia dada por el periodista era formidable. Stanislawof lanzó una sorda exclamación y palideció.

¿Era cosa de asombrarse porque los documentos hubieran sido llevados a casa del general en jefe? ¿No hubieran debido quedar en las oficinas militares?

Precisamente el traslado se había hecho para que permaneciera secreto.

Excepto cuatro o cinco oficiales generales, cuando más, nadie conocía ni debía conocer el plan de campaña que preparaba el golpe fulminante de Kirik-Kilissé.

Los documentos relativos a ese plan, redactados en el mayor secreto, eran escondidos todas las noches por el general en jefe, que se los llevaba a su domicilio y los ocultaba en un lugar donde era seguro que nadie sabría descubrirlos.

El general ordenó a los oficiales que le siguieran a cierta distancia.

—¡Hable, hable aprisa! ¿Está seguro de que han robado los planos? ¿Cómo sabe usted eso? ¿*Qué planos son?* ¿Quién le ha dicho que el general tenía *planos* en casa? ¿Cómo lo sabe?

Y Stanislawof, con el ceño fruncido, miraba al repórter coléricamente con sus ojos penetrantes, agudos, fríos y azules... Aquellos ojos tenían fama de poseer una «mirada de niño»; pero de momento no prometían nada bueno al repórter.

Rouletabille, sin dejarse impresionar en lo más mínimo, contó con rapidez y claridad todos los sucesos de aquella noche abominable.

—¿No ha entendido usted ninguna de las palabras dirigidas por el general a Ivana?

—Ni una—contestó el repórter—. Pero en cambio he podido comprender perfectamente una frase que pronunció antes de morir. El general, en aquel momento, quizá estuviera ya en el coma...

—Y ¿qué ha dicho?

—¡Oh! Una cosa muy rara.

—Diga...

—Una cosa que seguramente hubiera hecho sonreír en un momento menos terrible...

—Pero que quizá tenga una gran importancia. ¡Hable, hombre!

—El general Vilitchkov me ha dicho antes de morir: *Sofía de la catarata.*

—¿Qué?

Rouletabille tuvo que repetir la frase, cosa que hizo con perfecta seriedad.

—¡El pobre deliraba!—comentó Stanislawof—. Todo es aún más terrible de lo que usted se imagina.

—Pero todavía les queda una esperanza—insinuó el repórter moviendo la cabeza.

—¿Cuál, Dios mío?

—*Esos bandidos quizá se hayan apoderado de los documentos sin sospechar que se los llevaban.*

—¿Cree usted?

—Me figuró que Gaulow y su banda ignoraban que los documentos estaban en casa del general o al menos que se hallasen en el cofrecillo. Han vuelto a Sofía para consumir en la persona de Ivana la bárbara venganza que antaño comenzaron a costa de su padre y de su madre. Como Ivana ha conseguido escapar de ellos, se han lanzado con rabia contra su tío, el general. Y final-

mente, como verdaderos bandidos, han aprovechado la expedición para robar lo que les venía a mano. El cofrecillo en cuestión estaba lleno de alhajas y de preciosos recuerdos. Se han llevado, pues, esa fortuna. Y asimismo se han llevado otros objetos. En cuanto al cajón secreto, lo ignoran y quizá seguirán ignorándolo.

—Pero ¿por qué se han llevado ese cofrecillo, y no otro? ¿Sabían que encerraba objetos de valor?

—Creo acordarme, mi general, de que Ivana Ivanovna, luego de haberme enseñado las reliquias y las joyas de su madre, se olvidó de cerrar el cofrecillo con llave. Salimos de aquel cuarto con precipitación. El pastor Velio había venido a buscarnos imperativamente de parte del general.

Ya no hablaron más hasta llegar a la mansión de Vilitchkov.

La ciudad aun dormía tras las puertas cerradas. Hacía algún tiempo que el cielo estaba anubarrado. Y caía una lluvia muy fina, pero bastante densa.

Cuando los oficiales empujaban ya las puertas de la verja prorrumpiendo en sordas exclamaciones a la vista de los cadáveres de los dos centinelas tendidos a la entrada del pequeño parque, el general les señaló al repórter, que, a gatas delante de él, examinaba atentamente el pavimento de la calle. Rouletabille iba de una losa a otra con verdaderos gemidos de angustia o gruñidos de perro que olfatea una pista. Y de pronto se levantó denotando inquietud y espanto, con los ojos fuera de las órbitas.

—¡Mi general!... ¡Han vuelto!... Han vuelto en auto... Y se han marchado de nuevo... No hace media hora que llueve, y han vuelto cuando ya llovía... ¡Ay, Ivana, Ivana!...

Había saltado al parque. Y corría como un insensato...

—¡Ahora sí que *me la han matado!*...

El general penetró tras él en el edificio. Stanislawof reconoció el cadáver del oficial-ayudante del general Vilitchkov y, más adelante, tuvo que apartar con el pie el cuerpo del pastor. De haberse encontrado allí diez o veinte cadáveres, los hubiese tratado con la misma indiferencia.

No pensaba más que en la arqueta. Para hacerse con ella, hubiera llegado a arruinar la caja pública. Incorporó el cadáver mutilado del general Vilitchkov, se aseguró de que su compañero estaba muerto y, abrazándole, le dijo antes de irse:

—Si Ivana no ha muerto, será mi hija.

Mientras tanto, Rouletabille corría de habitación en habitación llamando a la joven...

Por fin, el periodista llegó a la estancia en que la había dejado. Tenía el convencimiento de que iba a descubrir un nuevo horror: ¡el cuerpo martirizado de su amada!

Empujó la puerta, ebrio, vacilante, sin apenas atreverse a mirar ante sí...

¡La habitación se hallaba vacía!

Ivana no estaba en el sofá... En cambio, no le hubiera sido difícil a Rouletabille notar, en el desorden de los objetos que le rodeaban, la huella de una corta lucha, de la breve resistencia que la joven había intentado oponer a sus raptos.

Porque ¡Ivana había sido raptada!

¿Qué suplicio le reservaría Gaulow?

Ya llegaba Rouletabille al colmo de la desesperación cuando sobre su hombro se puso una mano. Levantó hacia quien así le llamaba un rostro anegado en lágrimas. El general estaba ante él. Y el joven, avergonzado de su

pusilanimidad, enjugó su llanto y dijo con sencillez para excusarse:

—¡Perdóneme, general!... ¡La quiero!

—Bueno—repuso el otro prosiguiendo con impasibilidad su sombrío pensamiento—. Pero ¿ha muerto?

—¡No! ¡La han raptado!... Mas ¡yo la encontraré!... Y ¡pobre del que haya puesto la mano sobre Ivana!... ¡También yo demostraré que sé vengarme!...

El general dijo:

—¡Hay que encontrar el cofrecillo!

—¡Se encontrará, mi general! ¡Le juro que nada se ha perdido ni para usted ni para mí! Por de pronto, ordene al jefe de Policía...

—¡Aquí está!—dijo el general volviéndose hacia un funcionario que acababa de entrar y que apartaba a los oficiales.

—¡Mi general!—exclamó el jefe de Policía—. Acabo de enterarme del abominable atentado...

Pero Stanislawof le interrumpió.

—Haga lo que le diga este joven.

—¿Qué es ello?

—¡Excelencia!—dijo Rouletabille—. Hay que telegrafiar o telegrafiar a todos los puestos de la frontera para que no dejen pasar absolutamente ningún automóvil... y para que los examinen todos hasta darse cuenta exacta de la identidad de todas las personas que en ellos vayan, sobre todo si esas personas son militares o si se presentan bajo la apariencia de oficiales. Que detengan a los sospechosos; que, sobre todo, se fijen en si va una joven obligada por la fuerza; que abran los equipajes; que busquen en todos los vehículos que se presenten una caja con tapadera curva, en forma de cofrecillo, adornada con figuras bizantinas y claveteada de cobre.

—En ese caso—advirtió el general—hay que retener con los mayores cuidados el cofrecillo, que encierra una fortuna en alhajas.

—¡Aprisa! ¡Aprisa, Excelencia!—dijo Rouletabille—. Yo me encargo de lo demás. Dentro de unos minutos le daré o le mandaré todas las indicaciones aclaratorias, todos los detalles necesarios.

—¡Puede retirarse!—ordenó el general.

El jefe de Policía saludó y salió.

Rouletabille había recobrado toda su fuerza, toda su energía, toda su combatividad, toda su lucidez.

—Al decir que me encargo de lo demás quiero decir que me encargo de todo, porque las medidas que acabamos de adoptar—afirmó Rouletabille—no son tomadas más que *para tranquilidad de la conciencia*. Mi convicción es que no servirán de nada y que el enemigo ha previsto esas precauciones.

El general se había puesto a dar paseos de arriba abajo. A juzgar por su fisonomía, no era difícil adivinar que lo creía todo perdido.

Deteniéndose ante el repórter y habiendo alejado con un gesto a los oficiales que le rodeaban, declaró con lentitud y solemnidad muy marcadas:

—Huelga decirle que, pase lo que pase, no hay que hablar de esos documentos a nadie, absolutamente a nadie.

—¡A nadie, mi general!

Rouletabille saludó. Y marchóse...

Stanislawof, taciturno y cada vez más aplanado, bajó al jardín.

Los oficiales habían descubierto en las dependencias y en una sala para la servidumbre en la planta baja, tres cadáveres de criados y a dos camareros sólidamente

atados y amordazados. Mandaron conducir a los camareros, con vida aún, ante la policía, que, inmediatamente, les acusó de cómplices y les metió en el calabozo, lo cual prueba que esa clase de sucesos son deplorables para todo el mundo, para el que muere y para el que se libra...

Rouletabille, en su carrera desde la casa a la verja, había sido detenido dos minutos por un objeto que había escapado a la vista de los oficiales y que se metió en el bolsillo para examinarlo más tarde.

Ese ligero retraso hizo que el general, su escolta y Rouletabille se encontraran casi al mismo tiempo en la salida a la calle de Moskowska, precisamente cuando un auto de una suciedad repugnante, lleno de barro, desembocó por la plaza de la Catedral de San Alejandro Newski y se dirigió a toda marcha ante la mansión de Vilitchkov. De aquel auto bajó un hombre tan poco presentable como el vehículo, macilento, de facciones contraídas, de rostro fatigado, trastornado. Y detúvose de repente al ver el grupo de oficiales que rodeaba al general Stanislawof.

Y viendo al mismo tiempo los cuerpos de los dos centinelas, dejó escapar una exclamación sorda y desesperada:

—¡Llego demasiado tarde!...

CAPÍTULO V

ATANASIO KHETEW

Si, Atanasio Khetew!—repitió el general—. ¡Demasiado tardel...

Y enseñándole los cadáveres de sus soldados, añadió:
—¡Gaulow ha pasado por aquí!

Atanasio Khetew palideció más, si era posible, y, apoyándose en la verja, dijo:

—¿Y Ivana?

—¡Han muerto a mi antiguo compañero y han raptado a su sobrina!—dijo el general sin tomar ninguna precaución por el dolor de aquel «miembro de la familia»—. Procure encontrarla, Atanasio Khetew, porque la considero ya como una hija... ¡Pero si usted se hubiera deshecho de Gaulow, no pasaría nada de estol...

Y siguió adelante, resguardado por su escolta.

Llegaron agentes de Policía, que trasladaron los cadáveres al edificio. Otros impedían que la multitud curiosa entrara en el jardín.

Tenían orden de no dar por de pronto ninguna explicación. Más tarde se explicaría el hecho por un vulgar robo seguido de asesinato.

—¡Un suceso vulgar!—había dicho el general a sus oficiales.

El hombre bajado del auto quedó contra la verja como abatido por las palabras de Stanislawof.

Su figura no era corriente.

Joven, de unos treinta años, flaco, musculoso, de pecho hundido, de manos poderosas. Tenía acusados los rasgos de la cara; la nariz, gruesa; el pelo, hirsuto, de un matiz azul oscuro; la frente, de mediana elevación; los ojos, pequeños y hundidos, que en este momento parecían tener muerta la mirada bajo las pobladas cejas. Sus labios eran finos, duros y enérgicamente dibujados. Vestía un traje de particular abrochado hasta el cuello.

Rouletabille le cogió de la mano al mismo tiempo que le llamaba por su nombre.

El repórter reconocía a aquel hombre. Ivana se lo había presentado en el hospital de la Pitié de París. Por entonces pasó en Francia unos cuantos días, pues parecía que no hubiese ido más que para anunciar a Ivana la muerte de su hermanita. Y Rouletabille se acordaba de lo que, cuando se marchó, le dijo Ivana de él... Eran cosas muy búlgaras. Había sido educado gracias al general Vilitchkov porque sus padres, como tantos otros, habían muerto trágicamente. El padre era un rico negociante a quien sus negocios habían retenido en Tracia, por las proximidades de Andrinópolis. Algunos años después del nacimiento de Atanasio, había desaparecido su madre de manera que nunca se pudo saber. Un mes más tarde fué encontrada cerca de Kadikenci con el cuello cortado. Corrió el rumor de que quien la había raptado y asesinado era un agha turco. Su marido, el padre de Atanasio, quiso vengarse, pero no consiguió más que herir al agha de varias puñaladas. Tuvo que huir, abandonando su

casa y a sus hijos; pero agitado por un odio mortal contra el turco, permaneció, sin embargo, en Tracia, esforzándose para sublevar al elemento búlgaro. Pero fue traicionado, sorprendido en el Balkán y fusilado.

El general Vilitchkov, por parte de su mujer, era pariente de Khetew. Hizo venir al niño y procuró por su educación. En ello Atanasio, que ya tenía sus propios odios personales, tomó además, y muy a pecho por cierto, los de la familia Vilitchkov. Ivana lo había descrito como un excelente muchacho «cuando se le conocía a fondo», un poco sombrío, rudo y taciturno en apariencia, pero valiente sobre todas las cosas. «Conmigo—había dicho Ivana—siempre se ha portado admirablemente. Ocho años tenía cuando nació. Y me ha protegido, me ha querido como un hermano.»

Rouletabille repitió:

—¡Atanasio Khetew!

El otro continuaba mirando fijamente al suelo con sus ojos, que no veían. ¿Le oía? Lo evidente era que no le reconocía.

Pero Rouletabille, como tenía prisa, insistió diciendo:

—¿No recuerda de mí? La sobrina del general nos presentó en París... Soy José Rouletabille...

—Sí—contestó el otro, como saliendo de un sueño—. Ya recuerdo...

—¡Pues en marcha!...

Atanasio, súbitamente, descendió a la realidad de las cosas y a las necesidades del momento.

—¡En marcha, sí!—exclamó corriendo hacia su auto—. ¡En marcha!... ¿Nos llevan mucha delantera?...

—Media hora o, todo lo más, tres cuartos.

—¡Ah!—exclamó Atanasio—. ¡Los alcanzaremos, si Dios quiere!

Y puso el motor en marcha con una violencia capaz de estropear el mecanismo. Luego saltó al coche. El periodista estaba ya en su sitio al lado de Atanasio, que guiaba. Le señaló la dirección opuesta a la del camino por donde había llegado, por el lado de la mezquita de Brandja-Badri. Y Atanasio se asombraba, sacudiendo su cabeza hirsuta y descubierta, porque había perdido la gorra.

—¿Por ahí?... ¿Por qué por ahí?... ¿Está usted seguro de que se han marchado por ahí?...

—Sí, porque he examinado las escasas huellas que han dejado en el pavimento... Pero, aunque no hubiera huellas, seguramente habrían tomado por ahí...

—¿Por qué?

—¡No hay que asombrarse! Su interés no consistía en tomar el camino más inesperado.

—Pero consistía en ganar la frontera turca lo más pronto posible.

—Lo más seguramente posible.

—¿Y nos alejamos?

—Usted vuelve de la frontera turca. En su país hay pocas carreteras para autos, ¿verdad? Y no los ha encontrado... Por lo tanto, han venido por ahí y se han marchado por otra parte—explicó con volubilidad el repórter—. ¡En marcha!... ¡En marcha!...

El auto se estremeció... Dieron la vuelta al Palacio real y emprendieron la calle de Tergouska...

—Pase por el puente de los Leones—ordenó el repórter.

—¿Por qué?

—Ya se lo diré.

El coche remontó con impetu la avenida de la Princesa María Luisa. Cuando llegaron al muelle de Bojana,

en la esquina del puente de los Leones y del bulevar Silonitza, el repórter hizo parar.

Como Atanasio no comprendía la causa, Rouletabille le señaló un *garage* cuyas puertas estaban entreabiertas.

—Necesitará esencia, ¿no?

—¡Es verdad!...

—También ellos habrán necesitado esencia.

Y como Khetew permaneciera en su asiento cual asombrado por la idea de Rouletabille, éste hubo de gritarle:

—Baje, Atanasio... ¡Yo no sé hablar búlgaro!...

Atanasio bajó. Por indicación de Rouletabille, mientras se proveía de esencia, interrogó a los empleados. Y la alegría de ambos jóvenes fué muy grande cuando se enteraron de que, tres cuartos de hora antes, un auto *limousine*, en el cual iban varios oficiales y una mujer, se había detenido delante del *garage* para, como había previsto el periodista, proveerse de esencia.

Los empleados dieron todas las explicaciones que se les pidieron, adornándolas con gran lujo de detalles. Les había sido fácil advertir la presencia de la joven porque no procuraba ocultarse, llevaba la cabeza descubierta e iba medio envuelta en un capote de oficial. Estaba muy pálida y parecía enferma; pero se conservaba bastante serena. Y, a través de los vidrios, miraba vagamente las cosas de la calle...

En cuanto a los oficiales, parecían tener mucha prisa.

Cuando el oficial que guiaba se quitó uno de sus guantes para poner el motor en marcha, un empleado vió una mancha muy roja de sangre. El empleado preguntó al oficial si se había herido, y el oficial le contestó que, en efecto, se había herido al dar marcha al auto: un retroceso de manivela...

Aquellos viajeros habían pedido algunos informes so-

bre la ruta a seguir. Querían llegar, por el camino más corto, a Monasteritche. Y los empleados les indicaron el itinerario: atravesar el puente, la parte Norte de la avenida María Luisa, remontar un poco el bulevar de Fernando I, pasar ante la estación y emprender la carretera. Una vez allí, no tenían más que correr hacia adelante.

Pero he aquí que, de pronto, volvía Atanasio a las dudas.

—Si fueran ellos—dijo a Rouletabille—no hubieran dejado a Ivana la libertad de mirar por la portezuela. Ivana hubiera gritado, hubiera pedido auxilio...

—¡No!—replicó Rouletabille—. Ivana en manera alguna hubiera gritado.

—¿Por qué?

—Ya se lo explicaré más tarde, cuando tengamos tiempo. Pregunte al empleado si el auto llevaba maletas o baúles.

El empleado contestó que no había visto nada de eso.

—Pregúntele si antes del coche *limousine* pasó otro auto llevando también oficiales.

El empleado respondió que, en efecto, veinte minutos antes que el *limousine* había pasado un torpedo, ocupado asimismo por oficiales, el cual partió en seguida a toda velocidad, en cuanto el oficial que conducía hubo pedido los mismos informes que luego se había de proporcionar a los del *limousine*.

Según opinión de los empleados, era evidente que los dos autos se dirigían al mismo sitio y perseguían igual objeto.

En cuanto uno de los empleados pronunció la palabra torpedo, exclamó Atanasio:

—¡Son ellos!

Y su rostro, hasta entonces tan sombrío, se iluminó inmediatamente para decir:

—¡Son ellos! ¡Estoy seguro!

Desde la frontera turca perseguía Atanasio un *limousine* y un torpedo ocupados por individuos—entre ellos Gaulow—que él sabía que eran falsos oficiales. Saltó, pues, a su asiento.

El empleado del *garage* dió marcha al motor. Rouletabille aun hizo que se le preguntara si el torpedo llevaba maletas o baúles.

Y el empleado contestó que el coche llevaba detrás una gran impedimenta.

—En esa impedimenta, ¿no había una especie de pequeño baúl pintado de *colores vivos* y con muchos clavos de cobre?

¡Sí! ¡Lo había visto aquel hombre!

Y Rouletabille gritó:

—¡En marcha!

Partieron.

—¡Son ellos! ¡Son ellos!—repetía sin cesar Atanasio. Y preguntó al repórter: —Pero ¿por qué pierde usted el tiempo ocupándose de maletas y baúles? ¿Qué falta nos hace ese baúl con clavos de cobre?

—No hay que descuidar ningún detalle, Atanasio. Al demostrarse que esa gente lleva los cofres robados en casa del general, se demuestra que es la gente que buscamos.

—¡Sí que ha sido una suerte— confesó Atanasio— que esos bandidos se hayan detenido en el *garage*!

—¡Y que nos hayamos detenido nosotros!— corrigió Rouletabille.

—Ahora no tenemos más que correr tras ellos...

—Sí, Atanasio, sí, sí—dijo el repórter, pensativo—.

Está bien. ¡Quizá está demasiado bien! ¡Al menos hubieran podido ocultar el cofrecillo!... Oiga, ese Gaulow ¿es muy fuerte?

—¿Si es muy fuerte? Hace diez años que le persigo— contestó Atanasio sordamente—. Pero, por fin, he descubierto su guarida. ¡Ay! Acababa de salir de ella... Sí: no estaba ya en su *Castillo Negro*, un refugio que tiene en el fondo de las montañas, en que vive como un rey. Por diez minutos no lo he cogido en Kirk-Kilissé. Había tomado el tren para Andrinópolis. Subí al tren siguiente. Cuando llegué a Andrinópolis, hacía una hora que había salido de la ciudad con sus compañeros, es decir, con su banda. Acababa de enterarme de que dos autos les esperaban más allá de la frontera búlgara para una misteriosa empresa, cuyo criminal objeto sospeché. Entonces, decidí telegrafiar. Pero ¿cómo? ¿qué? En vísperas de guerra, ¿me dejarían comunicar en lenguaje cifrado con el general en jefe de Sofía? No. Y ¿qué podía decir yo en escritura corriente? ¿Que le amenazaba un peligro? Me hubieran detenido como espía, y el despacho no hubiera salido. ¡Oh! ¡He pasado unos minutos que nunca olvidaré! Sin embargo, he intentado algo... Ya que todo despacho, incluso el más anodino, enviado al general en jefe hubiera sido seguramente objeto de un gran retraso y del examen receloso de la censura, telegrafíé a un amigo mío para que dijese a Ivana...

— Que usted había tenido un mal sueño...

—Eso es... Y que no saliese de casa... Luego de esa advertencia, ¿por qué no ha desconfiado?... El general hubiese debido tomar precauciones...

—Ivana no ha querido dar cuenta al general...

—¡Insensata!... Yo no perdí un minuto... Tomando el tren aquella misma noche en Andrinópolis, llegué a la

frontera búlgara, a Hermauli, donde se encuentra la aduana. Allí me enteré de que los bandidos habían bajado del tren anterior, haciéndose pasar por patriotas de Tracia que iban a alistarse a Sofía. Acababan de visarles los pasaportes cuando dos autos, cuya exacta descripción me hicieron, se presentaron y se los llevaron por el camino de Filipópolis. Hice despertar al jefe de la aduana, llamé al jefe de estación y dije a ambos que aquellos individuos eran espías turcos que iban a Sofía con muy mal propósito y que, a toda costa, debíamos intentar detenerlos.

»—Basta con telegrafiar—contestó el jefe de estación.

»Fuí con él a su despacho. Llamó a Filipópolis. No le contestaron: estaba cortado el hilo.

»No dudaba yo de que darían el golpe.

»Sin embargo, no podía explicarme cómo podían temer mi persecución, ya que estaba convencido de que la ignoraban. Pero el jefe de estación dijo de pronto:

»—Espere... Esta noche hemos recibido un telegrama de Andrinópolis para Simeón Tzankof.

»¡Oh! Era uno de los nombres de guerra de Gaulow: seguramente el que había utilizado en su pasaporte.

»El funcionario recordó los términos del telegrama. Eran dos palabras turcas: *Dikab ete*, «lleva cuidado!» Entonces recordé haber encontrado en el muelle de la estación de Andrinópolis a un individuo del que yo tenía algunas razones para desconfiar. En cuanto lo vi, procuré pasar desapercibido, pero sin duda ya era tarde. Gaulow, como sabe que le busco hace diez años, ha intentado varias veces desembarazarse de mí con la misma saña que yo empleo para desembarazarme de él... Ya veremos finalmente quién...

—¡Continúe su relato! —interrumpió Rouletabille—. Continúel...

—Dentro de la desgracia, he tenido la suerte de encontrar este auto que se había quedado en la frontera porque su propietario no tenía los papeles que le pedían y que había ido a buscar por tren a Tirnovo. Las autoridades me dejaron coger el auto, luego de enterarse de mi condición.

»¡Ante todo, el servicio de Estado Mayor!

»Afortunadamente, dí con un buen coche; pero ¡llevaba tanto retraso!...

»Y partí!... Hice los cien primeros kilómetros a bastante velocidad, a pesar de algún pequeño accidente que me desesperó como usted puede comprender.

»En Filipópolis, y más tarde en Tatar-Bajardjick, recibí informes concretos acerca de los dos autos que ahora iban ocupados por oficiales.

»Supuse en seguida que Gaulow y los suyos habían encontrado la ropa necesaria para semejante transformación en los autos que les esperaban. Así habrán podido cambiar de traje mientras avanzaban, lo cual no hubieran podido hacer en ferrocarril.

»¡Ah!... En Filipópolis intenté de nuevo telegrafiar. También allí habían cortado los hilos. ¡Cómo tomaban precauciones!

»No obstante, era mi opinión que no se había perdido todo porque continuaba ganándole terreno a Gaulow.

»Al llegar a Zehtiman, que dista cincuenta kilómetros de Sofía, podía esperar que llegaría a la calle de Moskowska, ya que no antes que los bandidos, sí, al menos, al mismo tiempo que ellos. ¡Oh! Ya daba gracias al cielo y bendecía el incidente de la frontera que me había proporcionado el excelente automóvil que marchaba velozmente por un terreno accidentado. ¿Qué delantera me llevarían? Unos diez minutos.

»Pero a pocos kilómetros de la ciudad, estalló uno de mis neumáticos.

»Me precipité hacia el neumático de recambio que había visto en la parte posterior.

»Pero ese neumático, que yo creía nuevo, también estaba agujereado.

»¡Caí de rodillas en el camino, mordiéndome los puños de rabia!

»Pensaba que mientras yo permanecía allí, impotente, asesinaban a mi querida Ivana.

»¡Quise suicidarme! ¡Me volvía loco!

»Pero recobré el conocimiento, porque quería agotar hasta la última posibilidad.

»¿Por qué los otros habían de acabar su viaje sin obstáculos? Cogí, pues, la caja de herramientas y arreglé un neumático atándole con cordeles unas bandas de caucho. Afortunadamente, tenía una cámara intacta. Y luego de veinte minutos de descanso, ya estaba el coche en disposición de moverse.

»Volviendo sobre mis pasos, llegué a Ichtiman, pues sólo allí podía encontrar un neumático de recambio. Me indicaron el domicilio de un herrero que los vendía y que se encargaba de hacer reparaciones de autos. Gracias a aquel buen hombre pude volver a ponerme definitivamente en camino. Pero ¡ay, cuánto tiempo perdido! Y mientras volaba hacia Sofía, ¡qué angustia tan atroz me oprimía el pecho!

»¡Finalmente vi las casas y las iglesias de Sofía! Pero no había alcanzado a los bandidos. ¿Qué hacían en tan terribles minutos? Apelando a toda velocidad, llegué como una tromba, pero ¡tarde!... ¡Ay de Ivana!...

Rouletabille no pudo menos de observar que toda la desesperación de Atanasio Khetev se refería únicamente

a Ivana, prescindiendo por completo del pobre general en jefe.

—¿Quiere usted mucho a su prima, Atanasio?

Khetev movió la cabeza y levantó los ojos al cielo un segundo, y no más tiempo para evitar una posible desviación.

—¡Ya lo creo! ¡La amo!—respondió con su voz ronca y desagradable—. ¿Acaso no es mi prometida?

—¡Alto!—aulló Rouletabille.